

Era el mes de septiembre 2016, empecé con un malestar general, dolor en las piernas, náuseas, vómitos, febrícula, tos, y el médico del CAP me diagnosticó una especie de gripe. Seguía trabajando, pero mi estado no mejoraba nada, al contrario, cada día me encontraba peor. Fui al médico de la mutua y me dijo lo mismo. Como no mejoraba nada, un día saliendo del trabajo mi marido me acompañó a urgencias en el Hospital de Barcelona, de mi mutua privada y, después de una radiografía y de descartar neumonía, me diagnosticó una bronquitis aguda con la consecuente medicación, antibióticos y jarabe. No me hicieron ninguna analítica.

Cogí la baja médica el 12 de septiembre ya que me encontraba mal y estaba muy cansada, y no iba a mejor. Llamamos al médico de la mutua para decirle que estaba peor y entonces me programó una analítica para el día siguiente. Cuando fui a hacerla, había un médico que, sólo verme, me dijo que urgentemente tenía que ir al hospital, que auscultándome me vio una insuficiencia respiratoria ... Ya tenía una saturación del 70%. Decidimos ir volver al Hospital de Barcelona.

Sólo entrar, a pesar de haber dicho que había ido hacía unos días, me hicieron una analítica y, poco después, entró un médico para informarnos. Tenía una enfermedad grave en la sangre y había que ir al Hospital Clínic. Cuando le preguntamos más, nos dijo la palabra "Leucemia", que ya siempre he incorporado en mi interior. A partir de ese momento hay un antes y un después ...

Me llevaron al Hospital Clínic de Barcelona en ambulancia. Llegué bastante apurada con un número exageradamente elevado de leucocitos en la sangre, trombo en la pierna e insuficiencia respiratoria. Estuve ingresada 7 días en la UCI, los primeros días en la frontera muy fina entre la vida y la muerte ... Médicos, enfermeras, todo el mundo estaba pendiente de mí, con tubos, vías, monitores, haciéndome procedimientos y tratamientos de urgencia.

De ese momento, 15 de septiembre de 2016, recuerdo básicamente las visitas por la mañana, mediodía y tarde de mi amada familia, las lágrimas de ellos y el contacto de sus manos con las mías. Me gustaba darles la mano, sentir su calor, mantener vivo el vínculo de la vida ... Pasaron también amigos, compañeros de trabajo, ... todos con rigurosa bata, mascarilla y guantes estériles.

De las primeras horas no tengo unos recuerdos duros y dolorosos, básicamente dulces, de sentirme en buenas manos y muy acompañada y cuidada por mi entorno. No me preocupaba si podía morir, sencillamente estaba en una paz que, supongo, me daba las fuerzas para superar aquellos momentos y empezar la lucha hacia la grave y larga enfermedad. Recuerdo que mi hijo mayor, sollozando, me cogió muy fuerte la mano y me dijo: Mama, lucharemos todos juntos ... ¡Y tanto que hemos luchado!

Enseguida me hicieron varios tratamientos para estabilizarme. A pesar de la gravedad, fui reaccionando y al cabo de siete días me subieron a planta. Estuve ingresada en la cuarta planta durante 36 días con tratamiento de quimioterapia. Los días transcurrían entre visitas médicas de diferentes especialistas, pruebas, cuidados y visitas de familiares y amigos. El Clínic pasaría a formar parte importante de mi vida cotidiana.

Entonces es cuando entra en juego la conciencia de la enfermedad. Sentimientos que se entrelazan, predominante a veces unos u otros, ... tristeza, rechazo, sufrimiento... Pero tengo que decir que en ningún momento me he sentido absolutamente angustiada, ni profundamente triste. No sé si es por la evolución que era bastante buena, aunque había un largo camino por delante; si era por la compañía y amor que estaba recibiendo o por una fe firme que me daba seguridad y

calidez. Sí que es verdad que he tenido miedo de tener que volver a ingresar, el hecho de pensar en el Clínic me crea incomodidad y malestar, pero también es cierto que he tenido vivencias extraordinarias que han marcado mi vida posterior.

Todos los profesionales siempre fueron muy competentes y profesionales cada uno en su área, con una actitud cercana y cordial, desde el camilleros que con delicadeza me tapaban con una manta para bajar a hacer alguna prueba en el sótano, y enseguida me llamaban por el nombre, los médicos y médicas informando en todo momento de lo que me iban a hacer y de mi estado general, siempre atentos a las preguntas que les hacíamos con rigor y proximidad, buscando momentos de complicidad y siempre dando ánimos y coraje. Las enfermeras y enfermeros cuidándome con mucha delicadeza... Ni que decir de las auxiliares de enfermería que me duchaban y ponían crema por todo el cuerpo a diario con una simpatía y alegría que era una buena manera de empezar el día. Y qué decir de las chicas de la limpieza, que al entrar me lanzaban a empezar un buen día alegre añadiendo: ¿Como ha pasado la noche? ...

En todos los posteriores ingresos siempre ha sido así: ni una mala palabra, ni malas ganas en hacer las cosas, ni un desaire, al contrario, sólo tengo palabras de agradecimiento para todo el personal y la verdad que esto hace mucho más llevadero el hecho de depender de ellos. Después de más de un año y medio, mi marido tuvo la idea de hacer una carta de agradecimiento dirigida a todos los profesionales del Clínic, y la hemos ido dando personalmente a médicos, enfermeros y enfermeras, camilleros, personal administrativo y de limpieza. Estamos acostumbrados a protestar si algo no funciona o se hace mal, pero a menudo nos olvidamos de dar las gracias cuando funciona y muy bien. Todas los profesionales lo han agradecido, han demostrado mucha sensibilidad y alegría al recibir el escrito, y se ha creado una chispa de complicidad y empatía total.

La carta dice así:

“GRACIAS CLÍNICA, GRACIAS UCI, Hematología, Hospital de Día y Domiciliario, Banco de Sangre, Aféresis, diversos servicios de la planta cero, de la calle Córcega y Rosselló - médicas y médicos, enfermeras y enfermeros, auxiliares, personal administrativo y de limpieza. A TODOS LOS SERVICIOS Y TODAS LAS PERSONAS que hemos "conocido" (muchos y muchas): GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS. Y por favor, por favor: no cambie (a menos que sea para ir aún mejor)

Desde septiembre 2016 hasta ahora (y no hemos acabado), siempre el trato, la profesionalidad, la empatía, la proximidad, la eficiencia y la eficacia han estado presentes. GRACIAS.

Una leucemia es un tema grave y complicado (para nosotros mucho), pero desde el primer paso, al bajar de la ambulancia, hasta hoy, nos ha hecho sentir que estábamos en buenas manos. Ha habido momentos muy duros y otros no tanto, y siempre han sabido estar en el lugar y de la manera adecuada, con calidad humana y profesional; y este binomio no abunda y tiene mérito. Tenéis presente la debilidad del paciente y esta es vuestra fortaleza. GRACIAS desde el alma”.

Ahora con la perspectiva del tiempo, recuerdo que cuando me quedaba sola en la habitación, era el momento más duro. Mis familiares se marchaban a casa tristes y yo, en la soledad de la noche, me enfrentaba a la enfermedad. Pensaba en mi marido e hijos, en qué cenarían, qué vacío encontrarían en casa y eso me producía tristeza. Pero había comenzado una lucha feroz y no podía bajar la guardia, reconozco que tenía fuerzas y en mi profundo interior confiaba, que fuera lo que fuera lo asumiría. Los días iban pasando poco a poco y la rutina me ayudaba. Siempre sabía que

vendría a verme alguien y esperaba este momento con ilusión y ganas. Tenía una libreta en la que anotaba las visitas diarias. Ahora releéndola me doy cuenta de las personas que me quieren y de los nombres que se han ido repitiendo día tras día y semana tras semana. Ha sido una bendición de Dios.

Una visita esperada diariamente era la de mi marido. Hacia las 14.30h cada día me saludaba unos minutos y se iba a comer para volver enseguida y dormir un rato ambos la siesta, yo en la cama y él en el sillón. Se estaba toda la tarde, algún día se iba antes, cuando alguien le sustituía y en los últimos ingresos los jueves no venía (tenía una tarde libre, que ya la necesitaba, además teniendo en cuenta que vivimos fuera de Barcelona). Era muy duro cuando se marchaba, fuera la hora que fuera, especialmente cuando era de noche. Yo intentaba que se quedase más y casi siempre era muy tarde cuando se iba. Para mí era doloroso, enfrentarme a la noche sola, por lo que suponía la soledad física pero también una pena en el alma producida por el enfrentamiento al miedo, a la oscuridad, a la incertidumbre. Y también una especie de tristeza y melancolía por él. Llegaría a casa, cenaría un poco y sentiría el vacío en la cama.

Él es fuerte, pero también muy tierno en su interior y sé, sin embargo, que para él era duro, muy duro. Por suerte los dos tenemos una fuerza interior que nos anima a tener confianza y serenidad.

Hijos, hermana, sobrinas, cuñados y cuñadas iban viniendo. Nos organizamos bastante bien y siempre había alguien. Su compañía ha sido una perla preciosa.

En aquel primer ingreso de mes y medio estaba en una habitación individual bastante amplia, con una silla muy confortable para el paciente, en este caso para mí, un sillón bien cómodo para el acompañante y un aseo con ducha. También había una ventanilla que daba a la calle Villarroya, a través de la que percibía que había vida, que todo seguía su curso, que el mundo estaba vivo, intenso. En mi interior convivían estas dos realidades, la propia y la de fuera, la interior y la exterior y sin embargo ambas estaban muy vivas.

Una anécdota que viví con mi pobre inocencia al respecto y desconocimiento de la realidad que me tocaría ir viviendo fue sobre el cabello. Llevaba media melena y con mi hermana comentamos que me podría cortar el pelo su yerno. Lo que no sabía es que me iba a empezar a caer y las enfermeras me propusieron que me lo cortara el barbero. Primero reaccioné negativamente, que no pasaba nada si se me iba cayendo, pero día a día la caída era más potente y asumí que había que hacerlo. Es impactante para un mismo verse con la cabeza pelada, te sientes como desnuda y desconocida y es uno de los otros momentos en que sabes que la enfermedad hará su curso y se debe pasar por esta y otras situaciones. Van apareciendo las náuseas y vómitos, consecuencia de la quimioterapia, que convives con ellas. Aunque poco a poco van disminuyendo y gracias a la memoria, que es muy selectiva, no tengo un recuerdo muy duro de aquellos momentos.

Cuando me dieron el alta, no podía ir a casa, ya que vivo fuera de Barcelona, y tenía que vivir cerca del Clínic porque necesitaba la atención de la asistencia a domicilio.

La salida por la puerta fue impactante, me sentía muy débil y bajar las escaleras de la entrada del Clínic me supuso un esfuerzo considerable. Reaparecer en el mundo después de tantos días era como un regalo, notar el aire fresco del otoño en la cara, sentir el ruido de los coches, ver colores, luces, el día y la noche, ... Todo se vuelve maravilloso y nuevo.

Los primeros días me sentía extraña, muy débil, pero con ganas de salir adelante, ganas que nunca me han faltado.

Nos instalamos mi marido y yo en casa de mi cuñada, no era mi casa, pero estaba muy cómoda y bien acogida. Era delicado estar sola, pero nos pudimos organizar bastante bien y siempre había alguien que estuviera conmigo.

Mi marido llegaba al mediodía a comer, mi cuñada llegaba al atardecer y entre los hijos, otras cuñadas y, sobre todo, mi hermana y su marido cubrían las mañanas. Por la tarde dábamos una pequeña vuelta, y para casa.

Sensaciones de libertad, aire fresco, convivían con sentimientos de debilidad, dependencia, pero tengo que decir que nunca me he sentido desfallecer, mi entorno me daba mucha seguridad y confianza y eso me daba muchas fuerzas para salir adelante, día a día.

Cada dos días venía la enfermera en casa, me controlaba el catéter, cuando había que hacer el cuidado y cambiaba el antibiótico en vena que llevaba con una maletita atada a la cintura. Pasados unos días era yo quien iba al Hospital de Día, y me hacían una transfusión, la atención continuaba excelente.

Al cabo de quince días hice el segundo ingreso (15/11/2016) que le llaman “de consolidación”, otra tanda de quimioterapia, en este caso estuve 6 días. Ingresé a la planta de Hematología, la 6ª planta, y la habitación era compartida con otra paciente, pero el trato fue también espléndido. Es diferente estar sola o acompañada, ya que la intimidad no es la misma, pero me tocaron buenas compañeras, una persona muy joven, que tenía dos hijos, uno de meses que es cuando se le reactivó la leucemia que ya le había remitido años anteriores, y una señora mayor que durante todo el día y la noche estaba acompañada por su hijo o por el marido. Eran muy amables, y estaban pendientes de mí, por si necesitaba ayuda para ir al baño, ... Enseguida la trasladaron a un sociosanitario de paliativos. Era una persona muy lúcida y serena.

A lo que no me acostumbré nunca fue a las comidas. No soportaba la comida del hospital, sólo ver entrar la bandeja por la puerta se me revolvía el estómago y me costaba incluso mirar qué había. Entre la poca hambre que tenía y aquellos olores de comida era insoportable poder hacer ni tan solo un bocado. Enseguida las auxiliares, al ver que aquello no me ayudaba nada, me comentaron que me podían traer comida de casa, y así lo hicimos. Mi hermana o su marido me hacían puré, verduritas o pasta, pollo, tortilla ... También mis hijos o marido iban a comprarme la comida en el restaurante, recuerdo especialmente la pechuga de pollo a la plancha con patatas o pimientos, que estaba buenísima. También algún día para cenar me traían un bocadillo de queso o, cuando venía los viernes una cuñada, iban a buscar uno por cada una, de lomo con queso, y nos lo comíamos en compañía, mirando la televisión. Para merendar un flan casero (de hospital) y poco más. También recuerdo que una sobrina me trajo un día dos croquetas buenísimas, del mejor sitio de Barcelona, pero con una ya tuve suficiente. Mas adelante otra cuñada me trajo una bandeja llena de estas mismas croquetas y ya pude disfrutarlas más. Alguna amiga me traía cuscús, otra lentejas, otra berenjenas rellenas, ...

La cuestión es que gracias a todos y todas pude ir comiendo durante los períodos que estaba ingresada. Y agradecí, y mucho, su apoyo.

Recibí varias veces la visita de la dietista/nutricionista para valorar lo que comía y decidieron que debería tomar un complemento proteico para asegurar la ingesta correcta.

A partir del segundo ingreso, formó parte de la rutina diaria el paseo por la tercera planta del Hospital. Con el palo de los medicamentos a un lado y cogiéndome del brazo al otro lado, mañana y tarde iba a pasear con mi marido y/o el acompañante que estuviera en ese momento. Siempre me cruzaba con otros pacientes que hacían lo mismo, con algunos nos fuimos conociendo y nos saludábamos. Hacíamos toda la planta de punta a punta y, al llegar a la calle Casanovas, miraba por la ventana el parque infantil, donde jugaban los niños y niñas y sobre todo veía el cielo, si hacía nublado o el día estaba sereno ... Cosas tan sencillas como ver el día que hace, pasaron a ser hechos relevantes que daban sentido a mi vida y me llenaban de alegría y satisfacción. Pequeñas acciones que pasan a ser grandes, en cuanto te sientes persona viva y con energía y ganas de ver el día ... También era un momento en el que se ponía de manifiesto que hay unos dentro y otros fuera, unos que siguen la vida, van a trabajar, estudian, pasean, y otros que lo contemplamos, con cierta añoranza y porque no, envidia ... esperando el momento de poder estar en el otro lado.

Igualmente, al darme de alta, fuimos a vivir a casa de mi cuñada, a la que debemos agradecer su generosidad por abrirnos su casa, por sus paseos y por el descanso. Después de unos días ya pude ir a mi casa. Fue un reencuentro con algo muy íntimo, muy profundamente mío que me dio una gran satisfacción y, a la vez, paz. Encontrarme con mi espacio, mis cosas, objetos y cosas que me acercaban a vivencias del lugar, encontrarme en casa con marido e hijos ...

Empecé a reencontrar el gusto por la lectura y, algún rato, no demasiado largo, me ponía. Una nueva compañera fue la televisión. Yo hasta entonces prácticamente no la miraba, pero, a raíz de la enfermedad, algún rato me hacía compañía. Son muchas horas que hay que pasar y con poca fuerza para hacer nada. De vez en cuando la televisión ofrece distracción, y había algún programa que reunía estas condiciones. Los documentales de La 2, y de Deportes 3, de animales o naturaleza me acompañaban después de comer y también a media tarde descubrí un programa que era francés, en el que una chica visitaba diferentes regiones francesas, contactaba con las costumbres, los habitantes peculiares que tenían una dedicación artesanal a algo (piel, herramientas, comida, juguetes, ...) y luego entre ellos hacían una comida con productos autóctonos y se la comían todos juntos en lugares idílicos. Era un programa lúdico, que daba conocimiento del lugar, de personas interesantes y curiosas y siempre lo esperaba con ilusión.

Eran pequeños momentos que me marcaban el día. Estar tranquila, descansar mucho, y estar cerca de los míos, y no necesitaba mucho más. Recuerdo que la doctora me dijo que lo que tenía que hacer era descansar mucho, pasear un poco, comer y beber.

He aprendido que la persona tiene una alta capacidad de adaptación y de buscar estrategias para subsistir. Lo que antes era imprescindible se volvió pasajero y lo que parecía tan importante dejó de serlo, la naturaleza humana es muy sabia y sabe qué nos conviene en cada momento, sólo hay que estar abierto a las nuevas realidades, dejarnos llevar por lo que toca con serenidad y confianza.

Y llegó el tercer ingreso (20/12/2016) de 10 días, en la misma planta, en habitación compartida con otro paciente. Era una anciana de Georgia, licenciada en Historia que vino a Barcelona huyendo de la dictadura. Tenía un hijo en Moscú, aquí estaba sola y, a pesar de ser una persona

culta, trabajaba limpiando casas. De vez en cuando le gustaba charlar con mi hijo, hablaban de política y de la independencia de su país. Estaba muy sola y muy enferma, le dieron el alta porque no le podían hacer nada más.

Pasé la Navidad en el hospital, y la verdad es que fue muy duro. Por la mañana vinieron mi marido, mis dos hijos y mi hermana y cuñado con las tres sobrinas y sus compañeros e hijitos. Debía ser un momento bonito, pero lo recuerdo con mucha tristeza y dolor. Todos se fueron y mi marido y yo nos quedamos, ese día mi hermana con mucho cariño me había traído sopa y cocido y langostinos para mi marido. Casi no comimos.

Cuando me dieron el alta, el 30 de diciembre de 2016, me dejaron ir directamente a casa y seguía los controles en el hospital de día. Me iba encontrando bien.

No pude pasar la Navidad en casa, pero sí los Reyes. Nos encontramos todos y fue un día espléndido: comida, regalos, un buen paseo y todo con una buena compañía, la de mis seres más queridos.

Y después llegó un cuarto ingreso de consolidación (25/01/2017 ) con la misma rutina de 22 días, ¡son muchos días! Fue más largo de lo previsto porque querían probar otros tratamientos, me hicieron una serie de pruebas para poder aprovechar mis células madre. Al final no fueron útiles, ya que no fueron satisfactorias para lo que los médicos buscaban. Tengo que decir que, en mi caso estaban en continua investigación, para poder encontrar siempre el camino más adecuado para cerrar el paso a la enfermedad. Creo que se lo tomaron como un reto.

En este ingreso me informaron que había que hacer un trasplante de médula ósea. La enfermedad iba remitiendo con la quimioterapia y, según las pruebas, iba bien, pero el jefe del departamento comentó que este tipo de leucemia necesitaba un trasplante para evitar posibles caídas posteriores.

En primer lugar, hicieron las pruebas para poder saber mi compatibilidad con los familiares directos de sangre: a mi hijo mayor (el otro hijo es adoptado, por lo tanto, no procedía) y a mi hermana. Sencillamente consistía en una analítica y en ambos casos fue negativo, ninguno de los dos me podía dar parte de su médula ósea. Por lo tanto, se tenía que buscar la persona más compatible en el mundo a través del Registro de Donantes de Médula Ósea de la Fundación Josep Carreras. Parece ser que tengo una sangre un tanto "especial" y fue muy costoso encontrar la persona adecuada a mis características.

La doctora nos citó e informó que había demostrado ser fuerte y valiente, pero que el trasplante sería duro. Había que tomar unas 30 pastillas diarias y beber agua, eso sí mucha agua, unos 3 litros diarios, también nos informó del riesgo de los primeros meses...

Salí un poco deshecha de la consulta, recuerdo que llovía mucho. La doctora había sido muy clara, y sin embargo cercana, nos había contado todo lo que había y que tenía que enfrentarse con valentía. Habían apostado por mi buena salud de base y eso era un punto a nuestro favor. Al principio debo decir que pensaba que no lo soportaría, que no me cabría tal cantidad de agua y 30 pastillas! Dios mío, esto era una barbaridad. Pero lo soporté ...

Pasé casi tres meses en casa, esperando el día. Fueron unos buenos meses, me fui encontrando bastante bien. Cada día íbamos a caminar por los prados cerca de casa y podía hacer la comida diaria en familia, ir a comprar ...

También fui a ver a los compañeros de trabajo, y hacía vida bastante normal, entendiendo la normalidad como una vida tranquila y pausada. Las visitas de familiares y amigos continuaban en casa y yo me encontraba bastante bien.

En este periodo me acompañaron buenos paseos con mi marido. Muy a menudo hacíamos el mismo recorrido, cogíamos fruta y un poco de pan y agua para ir caminando entre campos y bosques para llegar a una urbanización que tiene un parque muy grande con una gran explanada verde. Allí parábamos y, sentados en el suelo, merendábamos plácidamente. La naturaleza despertaba, la primavera con los colores vivos, luz intensa ... todo era armonioso. Sencillamente era un momento cálido, íntimo, bonito que nos hacía sentirnos felices y nos daba alas para volar, soñar ...

Otros paseos los disfrutábamos por la playa, caminando por la arena, a la orilla del mar ... Hacíamos de Cabrera de Mar a Vilassar, dejando que el agua acariciara nuestros pies y aliviara nuestros pasos. Miraba hacia el horizonte y una sensación de bienestar, de serenidad llenaba mis pulmones y mi alma. Siempre me ha gustado mucho el mar y poder sentir en la piel la frescura del agua, las olas, me hacía conectar con la vida. Momentos mágicos, especiales que me daban fortaleza y seguridad, confianza y serenidad.

Durante dos meses pude comer de todo, sin ninguna medicación, tenía que rehacerme un poco para hacer el trasplante. Hacía los controles semanales en el hospital y todo iba bastante bien.

El día 6 de marzo fatídicamente murió un cuñado, el hermano mayor de mi marido, a los 64 años, de repente, de un infarto. Fue un golpe muy duro, dejó esposa, tres hijos y cuatro nietos. Él había venido a menudo a verme, con su sonrisa amplia y sincera, siempre asumió el papel de hermano mayor de la familia, sobre todo desde que murió mi suegro, en el año 2012. Muy a menudo lo tengo presente y también a sus hijos y esposa. Ella, cuando hice el último ingreso, venía todos los jueves por la mañana. Es una mujer fuerte que saldrá adelante a pesar del sufrimiento de la pérdida. Realmente la vida a veces nos muestra su parte más cruel. Si no bastaba con mi grave enfermedad, que para mi marido fue un golpe muy duro, él pasaba a ser el hijo mayor de la familia.

Durante todo este periodo de la enfermedad tengo que decir que nunca eché de menos el trabajo. Sí recordaba a las personas, pero no tenía ningún interés por la que era mi tarea. Y eso que antes de ponerme enferma me gustaba mucho. Para mí era algo muy importante y hacerla bien. Socia de una cooperativa de atención a las personas, mi jornada laboral se repartía llevando la dirección de una residencia de personas mayores, y la coordinación de varios servicios pequeños. Estaba motivada, me sentía cerca de las personas, y me suponía una satisfacción profesional y personal. Nunca hubiera pensado que se podían cambiar los intereses sin una transición ni un proceso de desvinculación. Pero el hecho es que nunca más he echado de menos este aspecto, mantengo un recuerdo excelente de los últimos años de mi vida laboral, y una buena relación con todos los compañeros de trabajo. Estos son los recuerdos que me acompañan actualmente.

Sí que me he cuestionado que, si esto te ocurre a los 40 años en los que la vida profesional es relevante, debe de ser muy duro y doloroso. En mi caso, en este sentido, en la recta final de la vida profesional, me siento más que satisfecha y la transición a la vida desvinculada del trabajo, no me ha supuesto ningún esfuerzo. Otra cosa es cómo, con la perspectiva de hoy, podré y sabré enfocar el día a día de mi vida.

El día 2 de mayo de 2017 me llamaron para ingresar ese mismo día por la noche, siempre hacía los ingresos por la tarde. Aunque ya sabía que estaba pendiente de la llamada, no deja de ser un trastorno, te pone en estado de alerta y comienza un nuevo período. Recuerdo muy bien ese día, porque horas antes tuve una conversación profunda con mi hijo, que le ayudó a clarificar su actitud hacia la carrera universitaria que estaba estudiando, y pudo graduarse ese curso, a finales de julio.

Recibir la llamada me removía todo mi interior, volver al hospital, irse de casa, dejar la rutina cotidiana para reemprender otra. Siempre era un momento triste para mí y para mi familia. ¡Y esta vez estaba el trasplante! Recuerdo en el ascensor a mi marido llorando ... Él siempre ha sido como una roca, firme, constante, estable, y su compañía ha sido un gran tesoro. Nunca me podía haber llegado a imaginar su respuesta, su coraje, y el desgaste que supuso y está suponiendo para él. Creo que es igual de duro para mí, que para él. Yo soy la enferma y, por lo tanto, sufro en mi piel tanto física como psicológicamente. Es un buen batacazo que recibes un día y te vas situando, y vives con miedo a lo desconocido, al futuro... Pero para él también es un sufrimiento, estar junto a alguien a quien quieres mucho, que ves sufrir y no sabes cuál será el camino a seguir, la incertidumbre del futuro ... Tengo que decir que todo este proceso ha fortalecido nuestra relación y amor. Llevamos juntos 40 años y ha sido un camino profundo, sincero, intenso, verdadero, con compromisos y proyectos comunes que han fortalecido nuestros lazos.

Este ingreso fue muy diferente a los anteriores, también en la cuarta planta, pero en la parte de habitaciones especiales, de cámaras de aislamiento. Habitaciones individuales con doble puerta de cristal, lavabo completo y un buen sillón. Allí me pasaría hasta el día 30 de junio. Recuerdo que, al llegar me recibió un enfermero joven y guapo, pelirrojo, valenciano, se le notaba en el acento. Él me informó de cómo funcionaban las puertas, que eran de vidrio. Primero se abría una y, hasta que no se cerraba no se abría la siguiente. Yo en ese momento, no sé qué me pasó, que dije: "Ah no, a mí no me cierre las puertas!". Y lo dije tan segura, que el enfermero y mi marido se pusieron a reír. Él me dijo que, si acaso aquella noche podían estar abiertas, pero por la mañana se tendrían que cerrar ... El chico puso una cara, como queriendo decir, ya veremos mañana qué pasa. Pues no pasó nada al día siguiente las puertas se cerraron y yo tan tranquila.

Primero me hicieron una tanda de quimioterapia muy fuerte, y también una sesión corta de radioterapia. El día 12 de mayo me hicieron el trasplante. Sencillamente es una bolsa de sangre, que entra en mi cuerpo, como una transfusión. Fue un momento especial. Sabía que era un chico y nada más, por privacidad sólo te dicen el sexo y la edad. La verdad es que es emocionante ver cómo la sangre va entrando. La médula de una persona altruista que ha donado dice mucho de él. Pude hacer un correo de agradecimiento para que le enviaran al donante y poco más. No sabía de dónde era. De hecho, es igual, pero ya siempre le he hecho un lugar en mi corazón.



A veces con la familia bromeamos, si ahora tengo más frío o la tensión arterial baja o algún otro pequeño cambio decimos que esto es gracias al donante.

Me hicieron un tratamiento fuerte para bajarme las defensas para que la nueva médula pudiera hacer nido en la mía propia y me informaron que posiblemente tendría efectos secundarios.

Y así fue, fueron unos días de malestar, tenía una infección desde la boca hasta el estómago bastante agresiva, no podía comer nada, ni beber prácticamente ni tragar saliva del daño que me hacía. Hasta el límite que durante casi una semana recibí alimentación parental. Durante estos días perdí la noción de las horas. Las comidas marcan un tempo y son momentos cruciales de la jornada. Como desaparecieron, todas las horas eran iguales. Tenía mucho malestar y me dieron morfina. Me pasaba las horas durmiendo en la cama, en posición fetal y así iban pasando los días hasta que poco a poco fui mejorando. Me adelgacé mucho, kilos que me costó recuperar, pero lo importante es que me iba rehaciendo. Costaba que los días pasasen. Durante estos dos meses sabía muy bien quien venía cada día y el acompañante sabía que, en función de cómo estaba, iríamos de paseo en la 3ª planta o nos quedaríamos en la habitación. Tenía un calendario grande, regalo de una sobrina, colgado en la puerta del armario y ponía cada día las personas que venían a verme, era como una distracción. Había nombres que se repetían cada día, otros muy a menudo, otros semanales, otros de vez en cuando. Las enfermeras me decían, hoy ya tienes controlado quien viene, ¿eh?

También puse en la pared, ayudada por mi sobrina mayor, fotos de las personas más queridas, y las mismas enfermeras me preguntaban quiénes eran. ¡Oh, qué hijos tan guapos!, ¿Cómo te pareces a tu hermana?, ¿Qué bien está tu suegra?, ¿Y esta pequeñita quién es? ... A mí me gustaba mucho mirarlas y, al acostarme, siempre hacía un repaso especial. De alguna manera le di un toque personal a la habitación que hacía que me sintiera en un espacio más propio.

También cada día pasaba la fisioterapeuta y me hacía hacer una serie de ejercicios para trabajar la musculatura.

Desde la habitación no se veía el cielo, en la pared de enfrente de la cama había un cuadro muy grande de un parque con unos árboles verdes, con luz interior. No era el cielo, ni había luz natural, pero era de agradecer. Entre el cuadro, el calendario y las fotos tenía una habitación bastante acogedora.

Mis compañeros diarios también eran la radio y la lectura. Ambas actividades llenaban las horas que estaba sola y me hacían compañía y me distraían. Me conectaban con el mundo. También veía a ratos alguna película, informativos, ...

Las últimas semanas se me hicieron muy largas. Cuando parecía que me daban el alta, alguna complicación no lo permitía y teníamos que esperar ...

En el turno de noche había una enfermera especialmente cariñosa. Siempre entraba a darme las buenas noches y a decirme que recordara que si me costaba conciliar el sueño se lo dijera y me daría una pastilla. Yo de entrada no la quería, pero me daba mucha seguridad. Realmente es una profesión en la que hay una gran dosis de vocación. Te tiene que gustar mucho, estar junto a personas débiles, enfermas, enfrentarte a situaciones duras y difíciles, a la muerte, ...

Llegó San Juan, el santo de mi compañero, comimos juntos torta escuchando algún petardo. Es curioso como la persona humana tiene la capacidad de hacer la normalidad a su medida ... Era tiempo de verbena y queríamos celebrarlo, esperando con deleite el alta.

Me iba encontrando mejor, los días iban pasando, muy poco a poco, hasta que me dieron el alta el día 30 de junio de 2017. Habíamos estado hablando con los médicos y médicas que me llevaban que, durante el primer mes tenía que estar cerca del Hospital. Por si había cualquier emergencia o urgencia poder ir enseguida. Contemplamos diferentes posibilidades, el ir a casa de mi hermana en Sant Cugat, alquilar un piso cerca del Clínic, ... La primera alternativa al principio no la veían clara, ya que no estaba demasiado cerca pero, después de valorar las ventajas para mi recuperación, aceptamos. Sin embargo hubo un contratempo: la nieta de mi hermana cogió la escarlatina en el colegio. Aunque no vivía en la misma casa, tendría contacto con los abuelos y yo no podía exponerme a ningún riesgo innecesario. Mientras valorábamos la segunda opción, la de alquilar un piso cerca del Clínic, dos conocidas, amigas de unos buenos amigos nuestros se marchaban dos meses fuera de Barcelona. Viven cerca del hospital, y nos dejaban la casa sin ningún problema. Era muy de agradecer. El único obstáculo es que no podíamos entrar hasta el día 3 de julio.

Cuando me dieron el alta no dijimos nada, pero nos fuimos a nuestra casa en Cardedeu. Era viernes y pensamos que por un fin de semana no pasaba nada. El lunes 3 haríamos el traslado. Durante los 3 días estuve en casa muy contenta, con mis cosas, mi habitación, todas las estancias de la casa y la compañía de mi familia. Tener la naturaleza tan cerca, el color verde, la tranquilidad de pocos coches, ... todo esto me daba seguridad y me calentaba el alma.

Finalmente, el lunes no hicimos el traslado ... A primeros de julio teníamos visita médica y allá que fuimos. Tras la exploración y ver que todo estaba normal, nos preguntaron que finalmente donde estábamos ubicados. Ellos eran conocedores de todas las posibilidades, entonces les informamos que estábamos en casa. Nos respondieron que ese no era el trato, se pusieron serios: que era un riesgo añadido, que era una imprudencia ... Nosotros insistimos en explicar todas las ventajas de estar en casa, poder respirar aire más puro que en Barcelona... Al final nos dejaron, pero nos insistieron en que debía estar siempre acompañada y con la certeza de que, si era necesario, rápidamente me llevarían hacia el Clínic. Y nos dejaron hacerlo, aunque no demasiado convencidos. Entre hijos, marido, hermana, cuñado, sobrinas y una chica que venía dos días, en casa nos organizamos muy bien. Tenía un teléfono del Servicio de Hospital de Día para comentar alguna duda o ir de lunes a viernes y, si fuera necesario, los fines de semana a urgencias general. Por suerte nunca tuve una emergencia. Cada semana tenía analítica y visita médica y, según el número de plaquetas o glóbulos rojos, me hacían una transfusión, y así semanas y semanas.

Los primeros meses estaba muy débil. Tenía que seguir con 30 pastillas diarias y 3 litros de agua u otros líquidos. Cabe decir que soy muy disciplinada y en este caso fue positivo, ya que hacía todo punto por punto, aunque al principio fue muy duro el tema medicación. Siempre me ha costado mucho tragar las pastillas y... eran 30!!! Pero lo soportaba y lo hacía.

Casi cada semana había transfusión, estaba muy floja, pasaba muchos ratos en el sofá, y cuando estaba un poco mejor íbamos a caminar un poco. Me sentía tan poca cosa, dependiendo de los otros, sin nada de hambre, ni de hacer nada ... Suerte de la compañía humana de familiares y amigos que me llenaban las horas con su visita y amor.

En estos momentos y sobre todo con la duración tan larga de la enfermedad y la recuperación me di cuenta de lo mucho que me quieren. Sobrinas que venían a comer con pareja e hijo o sin ellos, hermana y cuñado que también hacían la comida. Mis hijos y marido hacían lo que fuera necesario en la rutina del día a día.

Pero no todo fueron tristezas, el día 2 de septiembre se casó una sobrina. Hasta el mismo día no sabía si podría ir en función de cómo me encontrara. Llegó el día y estaba bastante bien. Estuve muy contenta y ella también, pasé un día espléndido. Fui muy feliz de poder acompañarla en un día tan especial para ellos. Fue una boda super bonita en una casa de colonias en Gurb. Todo giraba en torno a una fiesta mayor con pregón, confetis, carpa, banderitas ... El lugar era muy bonito, un jardín con un sol que nos acompañó todo el día . Se leyeron escritos muy sentidos, los novios, las hermanas de la novia, padrinos, ... Al finalizar la celebración me emocioné mucho y no pude dejar de llorar con sentimiento. Me vinieron de repente las vivencias de la enfermedad, todos los recuerdos de sufrimiento y desazón y que estaba enferma, débil. Pero enseguida me rehíce.

Fue un momento muy emotivo, recuerdo que mi marido, en ese momento no estaba, ya que había ido a buscar a la estación de tren a nuestro hijo pequeño que salía de trabajar. Y me acompañaba mi otro hijo que, ante de mi llanto también se emocionó y lloramos juntos. Son momentos intensos, pero bonitos que nos hacen crecer como personas y nos dan calidez humana. Mi sobrina mayor lo vio y enseguida vino con nosotros, durante todo el día estuvo muy pendiente de mí.

Los novios por cada invitado hicieron una tarjeta con una foto de ellos y con un escrito personalizado para cada uno. Aquí va lo que me regaló mi querida sobrina: "Ha sido un año complicado, pero que puedas estar hoy aquí es de las cosas que me hace más feliz de este día. Eres una tía que, siempre, has estado pendiente de cómo nos va la vida, incluso en los momentos más difíciles te has preocupado por nosotros. Te interesas de verdad en lo que nos pasa y me ayudan mucho tus consejos. Eres una persona con una fortaleza interior muy intensa que me conformaría sólo con tener una pequeña parte de ella. Te quiero mucho. "

Después hubo baile, e incluso pude bailar con mis dos hijos, Me hizo mucha ilusión. A mi marido no le gusta y nos miraba también feliz. Aguanté muy bien todo el día y parte de la noche, al final nos fuimos satisfechos y muy contentos, los hijos se quedaron a bailar y dormir en la casa con todos los jóvenes. Ese día fue un buen regalo que me hizo la vida.

Y vuelta a empezar la rutina, casa, sofá, comida, paseo, visitas médicas, transfusiones ... y, hacia finales del mes de noviembre, hubo un cambio. Ya no necesité más transfusiones y se distanciaron las visitas. Estaba más fuerte, con ganas de comer y caminar y el proceso iba bien, pero siempre con el miedo en el cuerpo de que algo no funcionara, que me encontrara mal, que me tuvieran que ingresar, sólo pensaba en poder celebrar la Navidad.

Por fin llegó el día y continuaba con vigor. Fueron unas fiestas muy esperadas y disfrutadas con mucha ilusión. La comida de Navidad fue entrañable. Estábamos nosotros 4 y mi hermana, su cuñado, 3 sobrinas con su pareja y dos hijitos. Fue muy emotivo: comida, regalos, paseo, y tuve las ganas de darle gracias por su amor, su compañía, su humanidad, proximidad ... ¡A todos los quiero mucho!

Al día siguiente, el día de Sant Esteve lo celebramos en nuestra casa, como habíamos hecho anteriormente, exceptuando el año 2016 que estaba ingresada, con la familia de mi marido. Estuvimos hablándolo mucho y valorándolo, pero nos hacía mucha ilusión y, valorando nuestras fuerzas, decidimos que sí podíamos hacerlo. Éramos nosotros, mi suegra y cuñados con parejas, sobrinos y sobrinas, en total 14 personas. Hace años que lo celebramos en nuestra casa, nos hace ilusión reunir a parte de la familia, estar juntos y hacerlo en casa. Y este año fue especial, dada mi situación. Nos organizamos muy bien, cada uno trajo algo y así compartíamos el trabajo. Yo siempre hacía un caldo típico de Navidad, sin que faltara ningún ingrediente, pollo, gallina, ternera, mejillas, patatas y diferentes verduras, garbanzos, morcilla ... este año no me veía con fuerzas para hacerlo y encargamos unos canelones. La cuestión es que pudimos estar juntos y pasamos un buen día. Pudimos celebrarlo como anteriormente con normalidad y alegría, sintiéndonos cerca unos de otros.

Y después fin de año con los amigos, una noche bonita y entrañable, y final de las fiestas con los Reyes, que también celebramos en casa con una parte de mi familia. Estuve muy contenta de poder celebrar todas las festividades y me sentía fuerte y satisfecha.

Pero no todo era armonioso y esperanzador. A finales de enero, otro hecho nos desquició, y mucho. Un hecho doloroso, desgarrador, difícil de digerir y comprender. La muerte súbita de otro cuñado. No había pasado todavía un año, dos muertes muy cercanas. Fue un buen golpe que la vida nos dio ... y sin embargo la vida continúa ...

Poco a poco, el recuerdo es lo que nos queda, los momentos compartidos y vividos juntos, alegrías y tristezas que nada nos lo podrá quitar. Él me regaló un libro, que recoge una serie de pensamientos de Mahatma Gandhi, citas sencillas que me hacen compañía algunos atardeceres. ¡Gracias!

Lo que siempre me acompañaba, y aún hoy está presente, es el miedo, miedo a recaer, a tener alguna complicación, a encontrarme mal, a tener que ingresar en el hospital. No es un miedo paralizante ni que me acompañe todas las horas del día, es como tener una lucecita encendida que me va avisando. Pero también es cierto que la confianza y la paz que he vivido me ha dado serenidad. Poco a poco fui cogiendo confianza, ya que en todo el año desde el último ingreso no necesité ingresar en ningún momento. Durante todo el proceso de la enfermedad, poco a poco fui relativizando mucho las cosas, sentimientos y vivencias. Es un tópico que cuando te pasa algo muy grave y te enfrentas a cambios importantes, valoras lo esencial y todas las demás cosas pasan a un segundo plano, pero es verdad. Para mí fue un reencuentro con lo esencial, no tanto el relativizar todo lo que no es importante, que también, sino la profundidad, el despojo de lo superfluo. Lo que haga o deje de hacer pasa a un segundo plano, la vida por sí misma es lo esencial y reencuentra todo el sentido. A menudo valoramos las personas por lo que hacen, por los compromisos, por la dedicación a los demás, por su capacidad profesional, gestora, ... y de repente te das cuenta de que todo esto puede ser efímero, que hay algo más profundo, difícil de explicar, que es lo que perdura y es la esencia de la misma vida y cuando descubres esto te llega una gran paz. No cuenta lo que haga o deje de hacer, sino el sentirse querido, por el solo hecho de ser persona. Para mí ha sido un descubrimiento de la trascendencia más profunda. Realmente no puede ser que la vida sólo sea todo lo que es tangible y medible. No hay que dudar que esto es vida, pero hay algo superior que trasciende a lo que el hombre palpa y voz, es un sentimiento intangible que se puede

vivir en plenitud, a pesar de no tener los valores de una vida organizada en torno el bien propio y del otro. Es algo que nos sobrepasa, que nos hace conectar con un interior profundo, que va más allá. Se me hace difícil de expresar en palabras, pero es como saber en mi yo más profundo, que a pesar de todas las limitaciones, sigo siendo persona, sigo pudiendo vivir la vida como un regalo, y así la aprovecho y así le encuentro sentido. Descubrir este sentimiento es el primer paso, es desde esta profundidad, que uno puede reponerse, reencontrarse, para después caminar, luchar, organizar lo cotidiano.

Entonces aparece el momento de organizarse el día a día, de tener cosas que hacer, ilusiones por realizar y poder sentirme libre y viva. Esto se hace poco a poco, introduciendo actividades sencillas, y sobre todo dando valor al tiempo. Primero son cosas cercanas: hacer la comida para la familia, ir de compras, dar un paseo, ir a ver a un familiar, para ir dando paso a otras más personales, sabiendo y conociendo las propias limitaciones. Me hace ilusión empezar yoga, hacer natación, colaborar en alguna entidad solidaria de mi pueblo. También me pasa por la cabeza, poder, de alguna manera, hacer realidad una idea que hace mucho tiempo que me acompaña: hacer la comida para algunas personas que lo necesiten, porque ellos no pueden hacerlo por algún motivo. Me gusta mucho la cocina y quisiera compaginarlo con ofrecer un servicio. De momento sólo es una idea y soy consciente de que es compleja, que hay que pensar en la infraestructura, la logística, pero no desisto de que pueda ser una realidad, veremos ...

De hecho, esta nueva situación de "tiempo libre" continuo es similar a la entrada a la jubilación. Una persona sana que deja el mundo laboral después de muchos años, para adentrarse en una nueva situación, en un cambio importante de paradigma, se da un ajuste de intereses y hay que habituarse a cambios tan sencillos como los horarios, y a otros más ambiguos, dejar los compañeros de trabajo, dejar (quizás) de hacer algo que te gusta mucho, dejar un estatus concreto, sentirse lleno y a gusto con todo lo que estás haciendo. Para algunas personas es una liberación dejar el trabajo, para otros es una pérdida dolorosa, lo que sí es para todos es una adecuación a una nueva etapa. En cierto modo esto también me corresponde.

En mi caso, pasado el año de baja laboral, me la ampliaron medio año más y posteriormente me citaron del ICAM para hacer una valoración. Cabe decir que el médico era un profesional sensible, cordial y que creó un ambiente muy empático en la consulta. Aunque fue doloroso porque nos hizo revivir a mi marido ya mí toda la situación desde el diagnóstico al momento actual. La resolución que recibí pasados dos meses fue una incapacidad permanente absoluta. La palabra "incapacidad" impresiona, resuena en el interior y te recuerda que "no eres capaz de ...", después ya lo asumes con normalidad. Cabe decir que, si todo hubiera seguido su curso normal, me hubiese tocado jubilarme en agosto del 2018. Por lo tanto, el hecho de dejar el trabajo y recibir la pensión del INSS a partir del mes de marzo 2018, tampoco fue dramático, "la jubilación" se anticipó unos meses.

Hay otro elemento que quiero destacar y es mi relación con la naturaleza. Por suerte, en nuestro pueblo estamos a un paso de poder contactar directamente con espacios verdes, sin necesidad de vehículo podemos pasear entre prados y campos, sentir el aire fresco y el olor de la tierra mojada, del hinojo, de la paja seca, ...

Cuando salía de los ingresos del hospital, ya he apuntado que hacía algún paseo, al principio justito y, poco a poco, de más rato. Era como una medicina, de hecho, los médicos también me lo dijeron.

Las épocas que me encontraba mejor caminábamos prácticamente una hora y media, y realmente era como un bálsamo que ponía pomada sobre una herida profunda. El azul del cielo y el verde de los campos y árboles me daban energía. Poder sentir la fuerza en las piernas, ser consciente de la respiración y no fatigarme me era un gozo y un placer. Era un momento del día esperado con ilusión. Tras el trasplante, al principio el camino fue cuesta arriba, pero no nos amedrentamos, caminábamos 100 metros y ya tenía que sentarme. ¡Nos conocemos todos los bancos del pueblo! Pero, aun así, recuerdo que me gustaba estar sentada, contemplando los árboles y sentir como el viento mecía sus ramas. Poco a poco, muy poco a poco, fuimos ampliando los paseos, variando las rutas hasta hoy, que podemos caminar con fuerza. Poder tomar un camino, seguir su ruta, ir viendo (según el tiempo y estación) los colores, sintiendo el olor de la tierra mojada, los cipreses, la paja seca, los árboles frutales como las higueras, conectar con la esencia de la naturaleza, todo esto me ha llenado y me llena mucho. En cierto modo me ha hecho y me hace mucha compañía.

Durante el año posterior al trasplante he hecho muchos controles, primero semanalmente para irlos espaciando a medida que pasaba el tiempo y me iba encontrando mejor. Mi referente era el Hospital de Día del Servicio de Hematología, en la escalera 6, 3ª planta del Hospital. Seguía sintiéndome cuidada, bien cuidada, los profesionales siempre pendientes de cualquier cambio, de mi estado físico y psíquico con su proximidad y delicadeza. Allí he coincidido con otros enfermos, personas que, como yo, están afrontando una lucha diaria. Despertaron en mí la compasión, especialmente los enfermos más jóvenes, a veces muy jóvenes, acompañados por la pareja o los padres. Vidas a quien la enfermedad ha visitado inesperadamente, familias que han probado el sufrimiento y el dolor y sus proyectos y sueños se han visto pisoteados, desmenuzados, sabiendo que la lucha es larga, pero no por ello desfallecerán.

La compañía de familiares y amigos ha sido una perla preciosa que he podido disfrutar día a día. Desde el primer día al entrar en urgencias, durante todos los ingresos y las estancias en casa siempre he recibido el calor del amor.

La familia, con tres cuñadas que venían de una manera fija y organizada, especialmente la que nos ofreció su casa, quien me acompañó alguna vez al médico y cenamos juntas los viernes viendo la TV en el hospital. Todas ellas me ofrecían su tiempo y me llevaban aire fresco del exterior y de sus realidades. La visita de otros cuñados y cuñadas, sobrinas, mi suegra que venía a menudo y me hacía mucha ilusión, con ella siempre nos hemos querido mucho mutuamente.

Mi hermana y cuñado que han tenido especial cuidado de mí y siempre han sido muy cercanos y disponibles para lo que ha hecho falta: compañía, comida, acompañamientos al médico. Mis tres sobrinas que, con visitas y llamadas, siempre han estado muy presentes. Mis hijos que han estado a mi lado, ofreciendo su tiempo de jóvenes, de una manera cálida y bonita, sintiéndonos cerca en el dolor y la alegría, siempre disponibles a acompañarme al médico, a ir a buscar algo de comer en el restaurante. Son dos muchachos firmes que, a raíz de la enfermedad, han crecido y madurado especialmente. Muchos amigos que han estado muy cercanos y constantes, ofreciéndome el calor de la amistad y compañía, otros que nos hemos reencontrado raíz de la enfermedad y ha sido un regalo muy preciado, recuperando el tiempo perdido. También es verdad que algunos, pocos, se han distanciado.

Compañeros de trabajo actuales y de otros anteriores, las personas a las que atendía mientras he trabajado, vecinos, que se alegraban cuando veían flores en la terraza, ya que significaba que estaba en casa, gente del pueblo donde vivo, siempre con palabras amables y de ánimos.

Y sobre todo mi amado esposo, siempre juntos, tanto los días de hospital como en casa, muy pendiente de mi estado y respetando mi ritmo, paciente, delicado, adaptándose a mi situación y siempre atento a cualquier cambio, con la angustia en el cuerpo. Él ha hecho muchos acompañamientos, y siempre con buena cara y disponibilidad, a pesar de las colas de coches y el obstáculo de tener que aparcar cerca del hospital.

Una vez en un encuentro con un grupo de personas, una de ellas, con la que no tengo demasiada relación, me preguntó: "¿tú que resaltarías de la vivencia de la enfermedad?" Ostras, me quedé en blanco, así de repente, lo encontré muy fuerte, pero enseguida me salió la respuesta: "pues el amor de tantas personas que me rodean y me han ofrecido mucho amor, y por otro lado la fe." Sin buscarlo, ha sido un descubrimiento, redescubrir y conectar con una fuerza interior, confiar en Dios que me quiere y me siento querida tal como soy con mi realidad, una fe sencilla y tierna, que me ha dado la fortaleza para soportar y encarar lo que sea. Ha hecho que me haya sentido viva y con esperanza. Un sentimiento muy sutil y suave que ha arraigado en lo más profundo de mi ser. Esto no quiere decir que todo haya sido un camino de rosas y que en algún momento no me haya rebelado, me haya sentido triste y nerviosa, pero siempre me ha acompañado una paz interior y doy gracias a la vida de poder disfrutarla.

Por último, después de dos años, puedo afirmar que la enfermedad me ha dado vivencias auténticas, la posibilidad de replantearme la vida, de desnudarme de lo superfluo para buscar lo esencial, de conectar con las profundidades del interior y también de experimentar una alegría inmensa ante la estimación y calor que he recibido.

Dolores Laguna

Septiembre 2018